

AMITA GARIBALDI



ANITA GARIBALDI

—

Lesson 51-6-37

ANITA GARIBALDI

NOVELA POPULAR



BUENOS - AIRES
CASA EDITORIAL MAUCCI HERMANOS
1910

ES PROPIEDAD
de la
CASA EDITORIAL BIETTI

Buenos-Aires Imprenta Nacional,

PRIMERA PARTE



GARIBALDI EN LA AMERICA DEL SUR

A los 27 años, Garibaldi, desterrado, pobre, solo en el Nuevo Mundo, pero con bastante experiencia por no hacerse ilusiones sobre la posibilidad de un pronto desquite, al hallarse de frente de la bahía de Río de Janeiro y viendo aquella espléndida naturaleza, siente su alma ensacharse presa de verdadera admiración.

Cuando llegó al *Largo do Paso* oye saludarse en idioma italiano, reconoce á Rossetti, desterrado también, valeroso soldado y periodista batallador.

Garibaldi lió pronto amistad con él, con la familia Antonini y con Juan Bautista Cuneo, amigo íntimo de Mazzini, y entre todos se tenían al corriente de las personas y de los acontecimientos de Italia.

Garibaldi ha sido juzgado por muchos como un aventurero y hasta como corsaro, porque su estancia en la América del Sur ha sido considerado bajo un punto de vista equivocado.

Y en efecto por aquél que no aprofundiza los hechos militares llevados á cabo por Garibaldi en la América puede considerarle como un verdadero soldado aventurero, mientras que en realidad non es así, porque desde el día que desembarcó allí hasta el día de su vuelta á Italia, no hizo otra cosa que educar y disciplinar á cuantos italianos tuvo por compañeros en su destierro y se calló de ellos, para ayudar á los pueblos oprimidos de América, esperando el día de poderlos emplear á libertar á su patria.

Sus cartas á Cuneo, son una prueba de lo que acabamos de decir, como vamos á verlo reproduciendo algunos trozos de ellas.

¡CORSARO!

Una *garopea* — escribe Garibaldi en una de sus cartas á Cuneo — que nos había servido para llevar á cabo algunos viajes mercantiles, fué armada con varios fusiles mohosos, y con ella pudimos salir del puerto de Río de Janeiro dirigiéndonos á la isla de Marina, donde desembarcamos todos.

«Numerosos barcos mercantiles pertenecientes al imperio, se dirigían en todas direcciones ignorando el peligro que los aguardaba.

El comienzo de nuestros hechos de corsario fué espléndido. Sin embargo, no atacamos á aquellos barcos y después de haber desplegado velas hicimos ruta para Río Grande ».

Al amanecer vieron un bergantín que batía la bandera imperial; le persiguieron y consiguieron capturar.

Entonces echaron á pique el «Mazzini» que así llamaban la *garopea* porque no tenían á un hombre que supiera mandarla.

El bergantín aquel había sido regularmente capturado, primero porque pertenecía á

un austriaco, enemigo y opresor de Italia y en segundo lugar, porque cargada con mercancía perteneciente á un brasilero, enemigo á su vez de la República de Río Grande.

Garibaldi bautizó con el nombre de *Scoropela* aquel bergantín, porque es así que los habitantes de Brasil llaman á los habitantes de las pequeñas repúblicas.

Apenas amo del barco, dió Garibaldi á sus compañeros una lección de honradez y de disciplina.

Sacrificando el único bote, que había en la goleta, hizo bajar á él á los pasajeros del bergantín y á toda la tripulación, permitiéndole de llevarse todo lo suyo. Dividió con ellas las provisiones que había á bordo y después dió á todos la libertad.

Cinco esclavos negros que formaban parte de la tripulación, no quisieron marcharse preferiendo quedarse con él. Garibaldi los aceptó y en seguida los hizo libres.

Después volvió á tomar rumbo para Río de la Plata.

La *Scoropilla* seguía cargada con el café vendido y expedido por un brasilero al comerciante austriaco; por lo tanto Garibaldi

resolvió echar anclas en el puerto de Maldonado, país situado á la embocadura del río, con objeto de permitir á Rossetti de ir á Montevideo y ponerse en regla con los papeles de bordo.

Pero Oribe, jefe de la república de Montevideo, no reconociendo á las demás repúblicas, ordenó el secuestro del bergantín y la captura de su capitán.

Supo Garibaldi lo que había ordenado Oribe por el comisario de Maldonado, y resolvió salir aquella misma noche, pero antes quiso cobrarse del importo de una cierta cantidad proveniente de la venta de café que un comerciante de allí había recibido sin pagar. El comerciante apenas vió á su acreedor quizo darles á comprender por señas el peligro á que se exponía y le aconsejó á que se marchara, pero Garibaldi no le hizo caso, y no se fué de allí hasta que el comerciante, por él amenazado con una pistola no le pagó el café recibido.

Cobrado el dinero volvió á bordo y por la noche descendió río abajo. Pero, le sucedió, entonces, un hecho desagradable que poco faltó no fuera causa de una verdadera

catástrofe. Las armas que habían sido colocadas en la estiva, en proximidad de la aguja desviaron á ésta y el barco se halló en medio de los arrecifes de Piedras Negras.

Garibaldi no se perdió de ánimo; él mismo se puso al timonel y pudo salir de aquella peligrosa situación que amenazaba echar á pique el barco.

La improvisa partida no le había permitido, fornecerse de víveres y éstos comenzaban á faltar. Además, habiendo regalado el bote á los pasajeros y tripulación del bergantín, se hallaba en la imposibilidad absoluta de acercarse á la costa con el bergantín.

En esta ocasión, tampoco se desalentó Garibaldi. Cogió la mesa del comedor, ató á sus dos lados unos pipotes vacíos y la echó al mar donde quedó flotando, y en ella se subió en compañía de un marinero llamado Mauricio. Llegan así á la playa, y Garibaldi viendo á cierta distancia una casa aislada en medio de aquella inmensa llanura, deja Mauricio á guardia de la extraña embarcación y allá se dirige.

En la casa no había nadie más que una mujer la cual le dice que para obtener víve-

res tiene que esperar la vuelta de su marido. Así lo hace Garibaldi y mientras espera, la mujer aquella se pone á declamarle unos versos de Dante, Taso y de Quintana y algunos suyos también, que él encuentra bellísimos.

Llega por fin el marido que por la mañana siguiente le promete entregarle víveres. En efecto le dá un buey que despedazado viene colocado sobre la embarcación y Garibaldi vuelve á su bergantín y la mesa al comedor.

Continuando su ruta, viene atacado el bergantín por dos embarcaciones pertenecientes al gobierno de Montevideo que le mandan entregarse.

Garibaldi no acata la orden aquella, y manda á sus vez á los suyos de hacer fuego; el combate se hace general; el piloto llamado Fiorentino cae muerto y Garibaldi cae también herido de un balazo. Los negros que se hallaban á bordo, se esconden en la estiva abandonando el combate, no así los italianos que siguen defendiéndose y consiguen rechazar á las dos embarcaciones enemigas.

Garibaldi al volver en sí, pidió papel y creyéndose mortalmente herido, en él escribió la orden de llevar el bergantín hasta Santa Fe de Paraná, orden que entregó á Luís Carmiglia, el cual se apresuró á cumplirla.

Carmiglia y sus amigos lloran de dolor creyendo próximo el fin de Garibaldi y redoblan de cuidados para salvarle. Por fin, después de diez y nueve días de indecibles cuidados á pesar de la escasez de víveres, consigue Carmiglia llevarle á Gualeguay, pueblo de la provincia de Entre-Ríos. Por su suerte, á la embocadura del Uiqui, que es un brazo de Paraná, encuentran un barco mandado por un mahonés el cual les fornece de víveres y les da cartas de recomendación por el gobernador de Gualeguay y por el de la provincia don Pascual Chages.

Pero no siendo reconocida valedera la patente de corso del gobierno de Río Grande, todos los que había en el bergantín son hechos prisioneros y encerrados en la cárcel.

Garibaldi rendido por la fiebre estaba á punto de morir, cuando un joven médico llamado don Ramón Del Arca, pudo extraerle la bala que tenía como clavada detrás de

la oreja derecha y prodigándole cuidados verdaderamente cariñosos, ayudado también por la fuerte constitución de Garibaldi, consiguió devolverle la salud.

Gracias á la bondad del gobernador, Garibaldi no fué encerrado en la cárcel y pudo aceptar la hospitalidad de un español, don Jacinto Andreas. Desde allí escribía á Cuneo poniéndole al corriente de su situación.

Echagüe, el excelente gobernador de Gualeguay había sido trasladado y su sucesor, don Leonardo Millán, había secuestrado el bergantín, entregando á Garibaldi un duro diario, sin cuidarse aparentemente más de él.

Garibaldi creyó entonces lo que muchas personas le sugerían, es decir que su presencia era más que otra cosa un estorbo y que el gobierno vería de buena gana que se marchara.

Garibaldi se preparó á la fuga, pero la persona que le había aconsejado á efectuarla era un agente provocador y el guía que se encargó de hacerle huir, un espía. Así es

que apenas, partido fué alcanzado por los agentes del gobernador y con las manos atadas detrás de la espalda y los pies atados también debajo de la barriga del caballo fué llevado otra vez al pueblo donde Millán le hizo encerrar en la cárcel donde le fué dado el tormento para que revelara quien eran los que le habían facilitado la fuga, cosa á la que Garibaldi se rehusó hacer en absoluto.

Cuando tenía los huesos desconyutados y estaba más muerto que vivo, se le presentó Millán y le repitió la pregunta. Garibaldi por toda respuesta le escupió en la cara. Hecho esto se desmayó otra vez y entonces Millán creyéndole muerto le mandó desatar.

Algunos años después, Millán, con toda su familia cayó en poder de Garibaldi que prohibió á los suyos de hacerle el más leve daño.

Desde allí fué Garibaldi trasladado en las prisiones de Bojada, capital de la provincia, donde tuvo la suerte de encontrar allí de gobernador á Echagüe que le devolvió en seguida la libertad.

Garibaldi escribía á Cuneo en esto térmi-

nos : « Aunque mis ideas sean completamente opuestas á las de Echagüe y haya combatido la causa que él defiende, no puedo negar cuanto le debo, y mi ardiente deseo es poderle probar mi agradecimiento por todo lo que por mí ha hecho y sobre todo por haberme devuelto la libertad ».

• Apenas libre se encontró con el capitán italiano Venturi que le llevó hasta la embocadura del río Paraná y desde allí á bordo de otro barco mandado también por un italiano, el capitán Carbone, llegó á Montevideo, donde se encontró con varios amigos entre otros á Cúneo, Castellani y Rossetti. Este le propuso de volver al servicio de los republicanos de Río Grande, puesto que en Montevideo no soplaba buen aire por él, y que se vería en la necesidad de vivir allí escondido.

Aceptó gustoso el consejo Garibaldi, y pocos días después se hallaba á Piratinin, capital entonces de la república de Río Grande pues la capital verdadera, Puerto Alegre, estaba en manos de los imperiales.

El gobernador le recibe con muestras de cariño y le cobra mucha amistad. Garibaldi

se apresura á hacer visita á Bento Gonzales con el cual estrecha relaciones de verdadera amistad.

Gonzales le encarga de armar dos grandes botes sobre el río Camacua, paralelo al canal de San Gonzales, que desembocan los dos en la laguna de Los Patos.

En la orilla meridional de dicha laguna, se halla la ciudad fortificada de Río Grande y sobre la orilla setentrional la de San José del Norte, fortificada también.

Las dos ciudades, lo mismo que Puerto Alegre se hallaban en poder de los imperiales que así se volvían hechos dueños de la entada y salida de la laguna.

Garibaldi aceptó muy contento aquel encargo y en unión con el americano John Brigg, comenzó á armar dos grandes botes, en las aguas del Camacua. La empresa era algo difícil porque no siempre era fácil fornecerse del maderaje y herraduras necesarias ni encontrar obreros. Sin embargo consiguió armar á dos grandes navíos, á los cuales dió los nombres de *Río Grande* y de *Republicano*. Garibaldi mandaba el primero y John Brigg el segundo.

Garibaldi, con 40 entre negros y mulátos añadidos á los suyos, se embarcó en seguida para vigilar la armada de los imperialistas composta de 30 navíos y un barco de vapor. Al poco tiempo cogió un navío cuyo cargamento dividió entre la tripulación, menos una parte que reservó para vestir á los marinos.

AVENTURAS DE GUERRA Y PRIMEROS AMORES

*Armador y caballero. — Primeros amores.
Naufragio. — Anita. — El saqueo.*

Mientras conservaba en buenas condiciones los dos barcos, Garibaldi formaba al mismo tiempo un escuadrón de caballería con caballos que hacía coger al lazo en las llanuras que rodean la laguna.

En cuanto á alimentar su gente no tenía cuidado ninguno, porque no le faltaban ni bueyes, ni trigo, ni legumbres y hasta naranjos tenía.

La familia de Bento Gonzales tenía por allí inmensas propiedades. Sus dos hermanas, doña Ana y doña Antonia eran propietarias de riquísimas estancias en las cercanías del río Camuaca y de Arroyo Grande, lo que fué una verdadera providencia por Garibaldi.

En casa de doña Ana fué donde Garibal-

di se enamoró de una bellísima joven por nombre Manuela, hija de unos emigrados, pero ya estaba prometida al hijo del presidente.

Varios y sangrientos fueron los combates que allí tuvo que sostener Garibaldi con los imperialistas, uno de los cuales fué verdaderamente memorable.

Centocincuenta imperialistas atacaron á Garibaldi mientras éste se hallaba solo con el cocinero. Sus soldados y marineros después de haber puesto en seco á los dos barcos, se habían ido á un establecimiento de salesón que por allí había y que á ellos les servía de arsenal. Once de ellos se apercibieron de la llegada del enemigo y acudieron en socorro de Garibaldi. Este, mientras tanto se había defendido contra los imperialistas impediéndoles de adelantar. El cocinero cargaba las armas y Garibaldi las descargaba sobre todo el que se adelantaba, produciendo muchas bajas en las filas de los enemigos.

Cuando llegaron los otros once, entonces la resistencia se cambió en ataque. Durante seis horas aquellos trece hombres, ocho de

los cuales eran italianos, no pararon de descargar metralla sobre los imperialistas; matando é hiriendo á muchísimos de ellos hasta que por fin se retiraron. Garibaldi tuvo ocho heridos y en su relación al gobernador escribía estas palabras: «Un hombre libre, vale tanto como diez esclavos».

Entre tanto en la estancia de doña Antonia había circulado la noticia de la muerte de Garibaldi. La noticia no era verdadera, pero Garibaldi tuvo el consuelo de saber que la joven Manuela de la que estaba enamorado, había vertido lágrimas por su muerte.

Con los materiales que aquellos atrevidos corsarios iban recogiendo, pudieron construir otros dos barcos. Apenas en estado de prestar servicio recibió Garibaldi la orden de varar sus barcos, ponerse á las órdenes del general Canabarro, y formar parte de una expedición que se había resuelto enviar contra la provincia de Santa Catalina cuyos habitantes parecían hostiles al gobierno.

Garibaldi no tenía ninguna dificultad en cumplir aquella orden pero ¿cómo salir del lago cuyas orillas estaban vigiladas por los imperialistas?

Sin embargo, no se pierde de ánimo Garibaldi para quien la palabra *imposible* era desconocida.

Bota en el lago los dos más pequeños de sus cuatros navíos, entrega el mando del *Seival* al valeroso americano Briggs, toma él mismo el mando del *Río Pardo* y escoge uno por uno á sus tripulantes. Entre estos había su inseparable amigo Luís Carmiglia, y otro amigo suyo por nombre Eduardo Murtrn que con él se había comprometido en Italia durante el levantamiento de 1834. Había estado encerrado en un calabozo durante cuatro años y fué tanto lo que padeció que cuando salió de allí tenía todo el pelo blanco á pesar de no tener que veintecinco años. Y tanto había cambiado que cuando se presentó en la estancia de doña Antonia, Garibaldi no conoció á su amigo de la infancia.

Con tales compañeros como tripulantes, Garibaldi mandó construir dos carros pesados y resistentes á toda prueba, después hizo conducir los dos barcos en el arroyo Capívavari, y una vez llegados allí, los hace cargar sobre los dos carros. Estos arrastrados por cincuenta bueyes cada uno,

atraviesan campos labrados *navegando* de aquella manera y recorriendo una distancia de 54 millas.

Llegado al lago Tamarindos formado por las aguas que bajan de las montañas de la Sierra Espinaza, y que comunica con el Océano Atlántico, bota al agua otra vez sus dos barcos y se prepara á cumplir las órdenes recibidas.

Desgraciadamente, apenas el barco penetró en el Atlántico, una terrible oleada le hizo sozobrar. Garibaldi fué lanzado á grande distancia, pero buen nadador como era, pronto volvió á la superficie de las aguas y se puso inmediatamente en busca de sus compañeros para ayudarles á salvarse. Pero vanos resultaron sus esfuerzos, porque aquellos desgraciados no pudieron luchar contra las olas embravecidas y ningún italiano se salvó.

Garibaldi no pudiendo resistir á tan grande catástrofe, una vez en la playa se tira al suelo y con la cabeza entre las manos llora desesperadamente.

Muchos años después, cuando recordaba aquella terrible catástrofe, su semblante se

obscurecía y probaba todavía cierto remordimiento como si él hubiese tenido la culpa de la muerte de Mutrn, Carmiglia, Staderini, Navone y De-Giovanni.

Con los pocos superstites que se habían salvado, se dirigió hacia una casa «donde —como él mismo dice en sus memorias— «hallaron aquella hospitalidad que siempre está sentada en la puerta de una casa americana.» Y después añade: «allí llegué desesperado: el mundo me parecía un desierto».

El otro barco pudo salvarse, y aunque después naufragó, ninguno de sus tripulantes pereció.

El sitio donde el barco naufragó, pertenecía á una porción de la isla de Santa Catalina cuyos habitantes se habían levantado contra el Brasil, así es que los náufragos fueron muy bien recibidos, y pudieron incorporarse á las tropas del general Canabarro.

Pocos días después llegaba Garibaldi á orillas del Laguna, lago grandísimo de la provincia de Santa Catalina, desde donde se dirigía á una pequeña ciudad, llamada también

Laguna, cuya guarnición huyó precipitadamente.

Tres pequeños barcos de guerra cayeron también en su poder y con los pocos hombres que habían escapado al naufragio embarcó en la goleta «Itaparika» armada, con siete piezas de cañón. Cayeron también en su poder las armas y municiones que el barco llevaba para los imperialistas.

Allí, en Laguna, fué donde Garibaldi conoció á Anita.

Tantas y tan variadas son las versiones de este importante episodio de su vida que, al referirle, nos limitaremos á reproducir aquí sus mismas palabras, sacadas de sus memorias, y que dicen así :

«Nunca había pensado yo en el matrimonio porque demasiado amante de la libertad y arrastrado por mi temperamento á una existencia de aventuras. Tener mujer, hijos, familia, me parecía cosa que no convenía á quien había consagrado su vida á la realización de un principio. Y aunque esta realización no ofreciese grandes dificultades, necesitaba sin embargo aquella independencia que no puede tener un padre de familia. Pe-

ro el destino había decidido diversamente. Yo, después de haber perdido á Carmiglia, Mutrn y los demás amigos, había quedado en un completo aislamiento. Parecíame estar solo en el mundo.

«No me había quedado ni un solo de aquellos amigos de corazón de los cuales, en la vida se siente tanta necesidad, como de los alimentos. Los que me rodeaban, les conocía desde muy poco tiempo. Había entre ellos algunos muy buenos, pero no existía entre nosotros ninguna intimidad. ¡Además aquel cambio de situación se había efectuado tan repentinamente y en modo tan terrible! Imposible no quedar impresionado. En fin necesitaba de un sér que me quisiera, que me quisiera mucho, y en seguida, sin lo cual parecíame insoportable la existencia.

Rossetti—un verdadero hermano—no podía venir á mi lado y nos veíamos muy de veces en cuando. Tenía, pues, en seguida, necesidad de algunien que me quisiera. Y en seguida no se hace ni se encuentra un amigo. Una mujèr entonces; la más perfecta de las criaturas es la única consolación, el ángel consolador de una existencia amarga-

da por la desventura; deshecha por la tempestad.

Con esta idea fija en la mente, desde lo alto del puente del «Itaparika», dirigía yo mis miradas hacia la tierra firme. El Morro de la Barra (1) estaba cerca y desde mi barco veía las mujeres ocupadas en sus quehaceres domésticos.

Una sobre todo llamó mi atención. Desembarqué, y me dirigí hacia la casa donde ella vivía. Un hombre me invitó á entrar y entré. Lo mismo hubiera entrado aunque nada me lo hubiese dicho.

Vi de cerca á la joven y la dije: ¡Serás mía!

En aquel momento había formado un nudo que tan sólo la muerte podía deshacer. Había encontrado un tesoro prohibido, pero de inestimable valor. Si hubo culpa, mía fué toda. ¡Y la hubo! ¡Si! Se juntaban dos corazones, pero se desgarraba el alma de un inocente.... ¡Pero ella ha muerto.... y él ha quedado vengado.... ¡Sí, vengado! Conocí mi crimen, allá en la embocadura del

(1) Montaña situada á la derecha de la embocadura del lago Laguna, donde había varias casas.

Eridano, el día en que esperaba conservarla aun á mi cariño, cuando recogía su espíritu que me abandonaba, cuando, besandola, besaba un cadáver. Entonces lloré lágrimas de desesperación».

Desde el momento que la joven conoció á Garibaldi le amó y fué su amiga, su amante, su enfermera, la madre de sus hijos, hasta que la muerte los apartó para siempre, allá á orillas del Adriático.

Con esa compañera para él tan devota, la vida de Garibaldi se renovó y hasta la suerte parecióle que le era más favorable, porque sus empresas casi todas salían á bien (1).

(1) Estas palabras de Garibaldi que hemos sacada del libro de sus memorias han dado lugar á muchas equivocaciones y muchos historiadores de Garibaldi han creído adivinar en ella que Anita estaba casada y que había abandonado el marido para irse con Garibaldi. Pues bien, no fué así. El hombre que Anita abandonó para irse con Garibaldi no era su marido, pero sí su prometido y que ella odiaba. Anita, enamorada de Garibaldi, huyó con él á bordo de su bastimento. Apenas su vida de aventurars se lo permitió, se casó con ella y en prueba de lo que acabamos de decir aquí va la copia del certificado de su matrimonio.

«Hay tres sellos

031318

«Martín Pérez, Cura Rector de la Parroquia de San Francisco de Asís en Montevideo,

Garibaldi obtenidos los tres barcos del general Canabarro, dió el mando de la «Casapara» á Briggs, á Lorenzo el mando del «Siedal» y por él guardó el mando del «Río Pardo». Con estos tres barcos atacó á los imperialistas á quienes capturó dos grandes barcas cargadas de arroz, después atacó también un navío de mayores dimensiones. El combate se declaraba ya en favor de Garibaldi cuando varios navíos imperialistas acudieron en socorro del navío, y Garibaldi se encontró solo contra todos ellos porque la goleta

«Certifico; que en el libro primero de matrimonios de esta Parroquia en el folio diez y nueve vuelto, se lee la partida que trascibo: «En veinteseis de marzo de mil ocho cientos cuarenta y dos, Don Zenón Aspiasú mi lugar Teniente Cura de esta Parroquia de San Francisco de Asis en Montevideo, autorizó el matrimonio que in *facie Ecclesiae* contrajo por palabras de presente Don José Garibaldi, natural de Italia, hijo legítimo de Don Domingo Garibaldi y de Doña Rosa Rosmunda; con Doña Ana María de Jesús, natural de Laguna en el Brasil, hija legítima de Don Benito Riveiro de Silva y de Doña María Antonia de Jesús, habiendo el señor Provisor y Vicario General dispensado dos conciliares proclamas y practicados lo demás que previene el derecho: no recibieron las bendiciones nupciales por ser tiempo en que la Iglesia no las imparte. Fueron testigos de su otorgamiento Don Paulo Semidei y Doña Feliciano García Villagrana: lo que por la verdad firmo yo, el cura Rector.

Martín Pérez.»

«Casapara» se había perdido de vista durante la noche que fué muy obscura, y la otra goleta «Seidal» hacía agua y tenía un cañon desmontado.

Garibaldi, como hemos dicho, se hallaba solo contra cuatro navíos enemigos y conociendo la inminencia del peligro suplicó á Anita que se pusiera en salvo, desembarcando.

Ella le miró como se mira quien está diciendo algo en broma, y tranquila y sonriente coge un fusil y animando á los combatientes, toma parte activa al combate. Garibaldi, que no la pierde un instante de la vista, la ve caer juntamente con dos marineros, derribados por un cañonazo. Acude desesperado para socorrerla, pero antes de haber llegado á ella, Anita se levanta sin herida alguna de entre los dos cadáveres. Garibaldi la suplica entonces que vaya á encerrarse en la estiva.

—En seguida—responde Anita.

Baja en efecto, pero al poco rato vuelve á subir empujando á tres marineros que allí estaban escondidos.

Garibaldi comprendió entonces la inutili-

dad de sus advertencias y desde aquel momento no hizo ninguna más á Anita.

Encarnizado continuó el combate; el enemigo favorecido por el viento pudo bombardear sin discontinuar la desdichada goleta de Garibaldi cuyo puente estaba cubierto de muertos y heridos. No por esto se perdían de ánimo los valientes defensores del «Río Pardo» porque el ejemplo de Anita le servía de grande estímulo.

Por fin todos los barcos enemigos, después de una lucha desesperada se retiraron. Súpose después que aquello fué debido á la muerte del comandante de la «Bella Americana», una de las goletas enemigas.

Los habitantes de Laguna recibieron con verdadero entusiasmo á los supervivientes de aquel heróico barco; pero los oficiales y soldados republicanos se mostraron tan brutales que los habitantes de la provincia de Santa Catalina se mostraron decididos á volver otra vez bajo el dominio del Brasil. Los de Imerai ya lo habían hecho, y Garibaldi recibió orden del general Canabarro de ir á castigarlos de la manera más terrible.

Imposible eludir esta orden, por lo tanto

á Garibaldi no quedó más remedio que ejecutarla.

Los habitantes y la guarnición de Imerai habían preparado la defensa por la parte del mar, pero Garibaldi desembarcando á unas tres millas más arriba, subió la montaña, y desde allí los atacó y derrotó. La guarnición huyó y Garibaldi entró vencedor en Imerai.

El mismo, en sus memorias describe el efecto producido en su ánimo por la ejecución de aquella orden.

«Deseo para mí, y para cualquiera que no haya olvidado de ser hombre, de no verse jamás en la necesidad de saquear una población. Creo, que á pesar de las muchas narraciones que existen de saqueos, ninguna de ellas reproduce con bastante verdad toda la infamia de tales hechos.

«¡Dios me libre de otro día como aquello! Indecibles fueron los esfuerzos que hice para refrenar aquel impulso de brutalidad salvaje, y pude conseguir que las personas fuesen respetadas; pero no así la propiedad de los vencidos. A nada valieron mi autoridad ni la de los poco oficiales honrados. Aquel pueblo aunque pequeño tenía vinos y

licores en abundancia, así es que la embriaguez fué general.

«La verdad es que si en aquel momento se fueran presentados tan sólo unos 50 soldados enemigos, estábamos completamente perdidos.

Por fin, mediante palos y alguna ejecución sumaria, podimos conseguir embarcar aquellas fieras desencadenadas.

«Embarcamos también algunos víveres para el ejército y volvimos á Laguna».

ANITA

Los excesos de los republicanos disgustan á los habitantes de Río Grande. — La heroína. — Garibaldi quema sus navíos. — Santa Victoria. — Anita prisionera. — Nacimiento de Menotti. — Muerte de Luís Rossetti. — Retirada desastrosa. — El adiós á Río Grande.

Los mismos motivos que tanto disgustaron á Garibaldi, es decir lo excesos de los soldados republicanos, disgustaron también á los habitantes y los imperialistas ayudados por ellos obligaron al general Texeira á retirarse.

Garibaldi, de vuelta á Laguna, recibió la orden de trasportar su gente y los equipajes desde la orilla izquierda á la derecha del lago.

Difícil era la empresa porque la corriente era allí muy fuerte, sin embargo, Garibaldi

tomó en seguida las disposiciones necesarias para cumplir aquella orden, si no que á eso de mediodía se presentó la escuadra enemiga fuerte de veinte y dos navíos cargados de soldados, mientras otras tropas se adelantaban por el lado de tierra.

Garibaldi entrega el mando de la nave á la misma Anita y corre sobre una altura para darse cuenta de las posiciones enemigas. Desde allí oye el primer cañonazo y se da cuenta de que la corriente le impide toda victoria.

Vuelve á bordo del «Rio Pardo» y encarga á Anita que vaya á pedir refuerzos al general.

Vuelve Anita con la contestación de Teixeira. El general «no tiene refuerzos» En cambio trae la orden de dicho general de salvar las armas y municiones y retirarse con ellas.

Obedece Garibaldi, y Anita hace más de veinte viajes para trasportar armas á tierra. Después, de pie sobre el puente del navío combate heroicamente, mientras el enemigo no cesa el fuego, llenando de cadaveres los puentes de los tres barcos de Garibaldi.

El comandante del «Itaparika» Juan Enrique cae muerto por la metralla; John Briggs, comandante de la «Casapia», lo mismo. De todos los oficiales el único que escapa á la muerte es Garibaldi; queda él último y casi solo para incendiar sus barcos.

Apenas desembarcado aprovecha de la obscuridad de la noche para efectuar la retirada, recorriendo aquel mismo camino de Piratinim.

Sin embargo, Garibaldi está contento porque puede efectuar aquella retirada á caballo y en compañía de su Anita. Llegan á La Torre, pero allí no pueden descansar por mucho tiempo porque los montañeses, amigos de los republicanos, vienen atacados por los imperialistas y Garibaldi recibe la orden de defenderlos.

Llegó á Santa Victoria y grande victoria alcanzó allí.

El general Acuña que había juntado su división con la del general Andade, se ahogó en el río Palatas y muchos soldados de su división cayeron prisioneros.

Este hecho de armas conquistó á la República las dos provincias de Vacaria y de Lages, pero despertó también la actividad de los imperialistas.

Teixeira cometió una falta; la de dividir sus fuerzas.

Garibaldi, que según su costumbre dormía como las liebres es decir con un ojo solo, fué el primero en apercibirse del acercarse del enemigo y dá el grito de alarma en el preciso momento en que los centinelas puestos á guardia del campamento se daban á la fuga. Al amanecer, antes de que llegaran los refuerzos, Teixeira atacaba el enemigo, pero este, dueño de una elevada colina y escondido en medio de los bosques fingió una retirada; los soldados de Teixeira le persiguen pero se hallan atacados de frente y de perseguidores se vuelven perseguidos.

Garibaldi con doce hombres hace frente al enemigo hasta cuando Teixeira se une á él y entre los dos consiguen rechazar al enemigo. Después entran todos en el bosque que se extiende desde los terrenos de aluvión del Plata hasta el Amazonas.

En el centro del bosque había tres pueblos

llamados Cima de la Sierra, Vacaria y Lages, donde deseaban llegar y donde llegaron por fin después de infinitos padecimientos, juntándose con Bento Gonzales á Malacasa donde funcionaba de presidente y de general en jefe del ejército republicano.

Gonzales acababa de ganar la batalla de Río Pardo y el enemigo había vuelto á Puerto Alegre, donde estaba reorganizando sus fuerzas, bajo las órdenes del famoso general Jorge, á orillas del Lache esperando la caballería mandada por el general Calderon.

Gonzales resolvió darle batalla y por tanto abandonó el sitio de Puerto Alegre dirigiéndose hacia Tacuasi donde le habían precedido el general Canabarro y Neto.

«Neto—escribe Garibaldi—con sus estu-
pendos ginetes, esclavos libertados por los
republicanos, escogidos entre los mejores
domadores de caballos de la provincia, toda
gente que nunca había sido vencida, verda-
dero bosque de lanzas, terror del enemigo
y temible sobre todo por su grande disci-
plina ».

La batalla fué encarnizada y terrible pero la victoria no quedó á los republicanos, y

esto debido á la poca disciplina de las tropas de Gonzales.

Los republicanos perdieron Tacuari y su territorio, y tuvieron que volver á su antiguo campamento de Bella-Vista.

Tacuari siempre recordaba á Garibaldi una de las semanas más dolorosas de su vida, porque durante aquella batalla, Anita que no paró un momento trayendo y llevando municiones cayó prisionera de los imperialistas.

Mientras Garibaldi y los suyos, caminaban en medio de los bosques, comiendo raices, cuando las encontraban, la valerosa mujer pidió poder ir á buscar á Garibaldi entre los cadáveres pues le creía muerto. Obtenida licencia, en lugar de su cadaver encontró el poncho que Garibaldi había tirado por ser más libre en sus movimientos. Esto la dió ánimo porque tuvo casi la certeza de que su esposo no había muerto. Meditó entonces fugarse, lo que realizó en seguida, y después de haber atravesado sola el inmenso bosque poblado de fieras, después de indecibles fatigas y de ocho días de camino, tuvo la dicha de verse reunida á su esposo en San Simón,

El 16 de setiembre de 1840 dió el primer hijo á Garibaldi. Este le impuso el nombre de *Menotti* y le amó siempre de un amor sin límites. Verdad es que Menotti también ha amado á Garibaldi como pocos hijos aman á su padre.

Afortunadamente el parto tuvo lugar en una casa amiga y por tanto no le faltaron á Anita los cuidados y los alimentos necesarios, pero Garibaldi se hallaba entonces tan escaso de dinero que no tenía siquiera para comprar un pañuelo á la madre ó al hijo. Resolvió marcharse al día después hasta Setembrina y pedir prestado un poco de dinero á un amigo suyo y hacer frente á las más urgentes necesidades.

Pero los campos estabad inundados, lo que retrazó su viaje especialmente á la vuelta.

Durante su ausencia el enemigo atacó á San Simón y Anita con los marineros que habían quedado con ella tuvieron que refugiarse en el bosque, así es que cuando Garibaldi volvió encontró la casa vacía. Afortunadamente supo que Anita con su hijo habían podido llegar hasta orillas del río, y po-

niéndose en seguida en su busca, poco después se halló á su lado.

Entretanto la situación del ejército republicano se hacía cada día peor, después de la derrota de Tacuarí. Además los habitantes, tan entusiastas antes para el regimen republicano, comenzaban á disgustarse de él, y no costaba mucho trabajo comprender que la lucha iba pronto á acabar. La retirada del ejército republicano no cesaba nunca, todo era retroceder. Garibaldi dice en sus memorias, que nunca más en su vida presenció una retirada tan desastrosa como aquella.

Llegaron por fin á San Gabriel, donde Gonzales estableció su cuartel general.

Fué allí que Garibaldi conoció á Anzani que en aquel entonces se hallaba al servicio de las tropas republicanas en calidad de comandante de la infantería de Juan Antonio. Hombre de un valor á toda prueba y de una fuerza no común, simpatizó en seguida con Garibaldi, y una verdadera amistad se estableció entre ellos.

Anzani, cuando le conoció Garibaldi, estaba cansado de aquella guerra, combatida por

hombres que se llamaban republicanos pero que tenían un concepto muy especial de la república y comprendiendo que ya nada podía hacerle por ella, resolvió abandonar San Gabriel y trasladarse á Sato, una ciudad de república oriental del Uruguay.

Garibaldi á quien su pequeña familia empezaba ya á preocuparle y sin noticias de su madre, desde unos seis años y además disgustado aún más que Anzani por la manera que aquella guerra se hacía, resolvió entregar él también su dimisión y pedir al presidente autorización para formar una manada de bueyes para los gastos de viaje y la estancia de su familia en Montevideo, donde había resuelto volver.

Aquellos seis años de continuas guerras tanto por tierra como por mar, habían perfeccionado Garibaldi en todas las artes de la guerra, ensañándole cómo se vence con pocos contra muchos. Pronto se le presentó la ocasión de servirse de todas aquellas nociones tan trabajosamente adquiridas.

PARTE SEGUNDA



GUERRAS DE LA INDIPENDENCIA EN LA AMERICA LATINA

Río de la Plata.—La banda oriental.—Independencia de la República del Uruguay—El dictador Rosas.—Rivera y Oribe.—Garibaldi en Montevideo.

Si los habitantes de Río Grande se habían conquistado las simpatías de Garibaldi porque se batían por la república contra un poderoso imperio, con más razón se las merecían los habitantes de la República del Uruguay que se batían para conservar su independencia con tanta sangre conquistada, contra el Brasil y contra la Confederación Argentina, que estaban esperando el momento

propicio para echar la mano encima á aquella lengua de tierra.

Cuando en el año 1512 Juan Diaz de Solis, descubrió el río de la Plata, las costas estaban pobladas por tribus salvajes de indios. Durante su segundo viaje (1515) dejó dos de sus navíos en la bahía y con el otro se acercó á tierra porque engañado por las señales amistosas de los indios. Una vez desembarcado, los indios de la tribú *Charmas* le cogieron, le despedazaron y se lo comieron. Todavía conserva el nombre de Arroyo de Solis.

En 1520 Magallanes atravesando la embocadura del río de la Plata, uno de los marinero de su barco exclamó :

—¡Monte-vid-e-yo!— y dos siglos después don Mauricio De Cávala, gobernador entonces de Buenos Aires fundó la ciudad de Montevideo. Pero durante aquel período intermedio de dos siglos el continente de América meridional fué teatro de continuas luchas entre españoles y portugueses.

En el año 1624 fundaron los portugueses la ciudad de Santo Domingo Soriano y los

españoles en 1680 fundaron la colonia de Sacramento.

Cuando los portugueses conquistaron el Brasil y todos los territorios por donde pasan los ríos que forman el Río de la Plata, era cosa muy natural que ellos quiesieran hacerse dueños de aquel inmenso estuario cuya embocadura tiene 300 kilómetros de anchura, mientras España quería ser dueña absoluta de las dos orillas del caudaloso río. Este el motivo porque aquel territorio conocido con el nombre de banda ú orilla oriental y hoy república del Uruguay ha sido siempre un punto de discordia.

Y cuando el Brasil se declaró independiente de Portugal, vino á relucir la cuestión de si aquel territorio tenía ó no que pertenecerle, puesto que desde 1821 se había apropiado de él con el nombre de Estado Cisplatino, ó bien á Portugal ó á la república Argentina, mientras que los habitantes de aquel territorio no querían que pertenecer á sí mismos.

Lo primero, pues, que había que hacer era hechar de allí á los brasileros. Vivían entonces en Buenos Aires muchos orientales

(que así se llamaban los naturales de la banda oriental) y 32 de ellos capitaneados por don Juan Antonio Savalleja después de haberse puesto en relaciones con gente del país y establecido su plan, se embarcaron sobre dos pequeños barcos y fueron á desembarcar en Arenal Grande.

Después de haberse fornecido de caballos se dirigieron hacia la capital, pero antes de llegar á ella se encontraron con 200 soldados de caballería quien le preguntaron *lo que querían y á qué venían*.

—A libertar á mi patria, echando de ella á los extraños—respondió Lavalleja desplegando la bandera nacional.

Entonces 180 de aquellos que eran orientales se unieron á ellos haciendo prisioneros á los 20 brasileros que se hallaban con ellos.

La entrada que hicieron en Montevideo fué verdaderamente triunfal. Fué proclamada la república, se formó un ejército y se armó una escuadra de barcas. Todos se unieron contra el Brazil. Un inglés, el almirante Brovn, al servicio de los orientales derrotó la escuadra brasilerá y tomó Martín García, estación naval importante del Plata.

Después de año y medio de guerra, los brasileros fueron completamente derrotados á Itazuíngo. Por último, habiendo aceptado la mediación de Inglaterra, tanto la república Argentina como el imperio del Brasil reconocieron la independencia absoluta de la república del Uruguay, con la única condición de ratificar ambas naciones la constitución de la nueva república con objeto de evitar que en ella hubiera algún artículo que comprometer pudiera su seguridad.

Por fin el 27 de agosto de 1828, gracias á esta *convención de paz*, fué declarada la *independencia de la antigua provincia á fin de que pudiera constituirse libremente en aquella forma de gobierno que juzgara conveniente á sus intereses, necesidades y recursos.*

Fué convocada inmediatamente la asamblea constitutiva la cual el día 10 de setiembre de 1829 aprobó la constitución.

Los comisarios argentinos y brasileros la ratificaron en Rio de Janeiro el día 26 de mayo de 1830 y el 10 de julio de aquel mismo año fué publicamente jurada.

Así parecía definitivamente arreglada la

cuestión de la banda oriental; pero los tratados no cambian la naturaleza de las personas ni borran las pasiones humanas.

Un hombre de bajos sentimientos, verdadera personificación de todos los vicios de los salvajes y de todas las ambiciones de los antiguos gobernadores españoles, había sido nombrado gobernador de Buenos Aires en 1830 y después, gracias á su astucia y á sus mañas, dictador con poderes ilimitados.

Aquel hombre era Rosas, nombre aborrecido en toda la república Argentina, que supo mantenerse en el poder durante veinte años. Mientras estuvo en el poder no tuvo que una idea: reunir bajo el mismo gobierno las dos orillas del Plata.

No queriendo violar abiertamente la *convención de paz*, garantida por el Brazil y por Inglaterra, buscó toda clase de pretextos para suscitar cuestiones. Tenía odio especial á la república Oriental porque daba asilo á los franceses y argentinos que se escapaban á su barbaridades. Publicó un decreto con el cual se castigaba con la pena de muerte á todo el que emigraba y emigraban sin

embargo todos los hombres de clara inteligencia que eran recibidos con los brazos abiertos por el general don Fructuoso Rivera, presidente entonces de la república Oriental, hombre de mucho valor é instrucción, cumplido caballero, pero muy malo administrador.

Poco á poco consiguió Rosas amenguar la popularidad de Rivera y asegurar la elección de cierto Oribe, hombre intrigante y sedicioso. Rivera, sin embargo, quedaba al mando del ejército.

Oribe comenzó con perseguir á los emigrados lo que no gustó á los orientales unitarios ó partidarios de la independencia absoluta. Estos encargaron á Rivera que lo hiciera comprender á Oribe y el presidente como respuesta quitó el mando del ejército á Rivera dándoselo á su mismo hermano Ignacio.

Entretanto el gobierno del rey Luis Felipe, ofendido por las persecuciones de que eran objeto los franceses establecidos en Buenos Aires envió el almirante á que bloquera Buenos Aires si satisfacción no venía dada acto seguido.

El almirante capturó varios barcos argentinos que habían intentado romper el bloco y fué á venderlos en pública subasta á Montevideo.

Rosas se quejó á Oribe y éste prohibió la venta.

Entonces el país entero se levantó contra Oribe y capitaneado por Rivera derrotó el presidente á Palmar. Oribe se refugió cerca de Rosas y desde Buenos Aires protestó, declarando que su dimisión de presidente de la república Aoriental había sido forzada y que por lo tanto se consideraba todavía investido del cargo.

Rivera, elegido otra vez presidente de la república Oriental reforzó el bloco francés y ya parecía próxima la caída de Rosas, cuando la Francia obligada de retirar su escuadra firmó el tratado Marchand que dejaba Rosas dueño de la situación.

Estando así las cosas, llegó Garibaldi á Montevideo con su pequeña familia y algunos pesos que aun le quedaban, producto de la venta de las pieles de los bueyes que habían sido matados. Los demás ó se les habían muertos ó se los habían robado.

Los republicanos que con tanto disgusto habían presenciado la expulsión de los emigrados llevada á cabo por Oribe, le recibieron con exquisita cortesía, y con verdadero júbilo le abrazaron Cuneo y la familia Antonini.

Garibaldi no quiso ser de peso á nadie y en seguida buscó trabajo. Conocedor de algunos idiomas y muy experto en el comercio del trigo, durante dos meses hizo el profesor de lenguas extranjeras y el mediador de cereales, y así pudo—según él mismo dice en sus memorias—mantener á su Anita en discreta situación.

GARIBALDI Y LOS REPUBLICANOS DE MONTEVIDEO.

Correspondencia con Mazzini.—Garibaldi toma el mando de la pequeña escuadra de Montevideo.—La legión italiana y sus primeros hechos.

Dada la situación por nada halagueña en que se hallaba la república, se comprenderá fácilmente como los habitantes de Montevideo aprovecharon de la presencia de Garibaldi entre ellos para servirse de sus conocimientos militares.

En efecto, al poco tiempo de haber llegado le ofrecieron el mando de los pocos barcos de guerra que aun les quedaban, pues el ministro Vidal juzgando demasiado dispendioso el entretenimiento de la marina, había vendido la mayor parte de sus barcos.

Garibaldi comenzó por rehusar el encargo porque, por una carta que antes de llegar á Montevideo escribía á Cuneo bien se comprende que entre ellos dos habían pensado seriamente en un próximo desembarco en Italia.

«El viaje — escribía Garibaldi — tenemos que hacerlo juntos. Sí, hermano, juntos para no separarnos que después de muertos».

Además, en aquella época tenía una activa correspondencia con Mazzini y en una carta por éste dirigida á Garibaldi se ve muy claramente cuanto el gran repúblico contara con la cooperación de Garibaldi y de Antonini.

Garibaldi que estaba dispuesto á acudir á la primera llamada, vacilaba en aceptar el ofrecimiento. Además en aquel mismo año, en 29 de marzo de 1842, Garibaldi se había unido en legítimo matrimonio con Anita, y un poco de tranquilidad después de una existencia tan trabajosa no le venía mal por cierto.

«Finalmente — escribe Cuneo — cediendo á las instancias de sus amigos y á su misma inclinación y á la simpatía que le inspiraba

la justicia de la causa, tomó el mando de tres barcos».

Poco después recibía Garibaldi la orden de ir á Corrientes sobre la orilla derecha del Paraná para ayudar una supuesta insurrección estallada en aquella provincia, contra Rosas.

•Lo mismo á Garibaldi como á sus amigos extrañó aquella orden que parecía esconder una verdadera insidia. En efecto para llegar á Corrientes era menester de recorrer 600 millas río arriba, bajo el fuego del almirante Brown que al mando de la escuadra de Rosas había vuelto á posesionarse de la isla de Martín García y defenderse de Oribe que con el ejército de Rosas ocupaba Boyada.

Se hubiera dicho que el ministro Vidal fastidiado por las alabanzas que en Montevideo se hacían de Garibaldi y queriendo deshacerse á un tiempo de él y de los últimos tres barcos de la república, hubiese dado aquella orden.

Sea como fuere, Garibaldi había aceptado el mando y no le quedaba más remedio que ejecutar la orden recibida.

Embarcó Garibaldi sobre la «Constitución»

fragata de 18 piezas, y seguido por el bergantín «Pereira» y el transporte «Procida», emprendió el viaje remontando el Paraná entre las dos orillas enemigas.

Apenas fuera de la bahía de Montevideo tuvo que aguantar el fuego de las baterías de la isla Martín García situada á la embocadura de los dos ríos Parana y Uruguay.

Garibaldi responde energicamente al fuego enemigo y pasa á lo largo de la isla pero después de haber recorrido unas tres millas la fragata «Constitución» dió en seco y se varó en el preciso momento en que la marea bajaba.

Mientras hacían trasbordar las 18 piezas de cañon sobre el «Procida» llegaron á todo trapo siete navíos argentinos mandado por el Almirante Brown.

Garibaldi no tiene que un barco para hacer frente á los siete de Brown, sin embargo, se defiende heroicamente. Brown se dispone al abordaje, pero en aquel momento la capitana del almirante dá también en seco y una espesa niebla lo cubre todo. Entretanto la «Constitución» vuelvè á ponerse á flote.

Garibaldi aprovecha de aquella circunstancia y de la niebla y entra en el río Paraná.

Brown, una vez que puede poner á flote su capitana, se pone en seguida en persecución de Garibaldi y entra en el Uruguay figurándose que ha huido por allí.

Sin embargo Garibaldi no se había puesto en seguridad por mucho tiempo, porque en cuanto Brown se apercibiera de su error, se volvería atrás y se pondría en su busca. Además Garibaldi no tenía piloto á bordo, lo que aumentaba la dificultades de la navegación, pero afortunadamente pudo capturar algunas barcas mercantes y obligó á uno de los pilotos de ponerse á su servicio.

Seguó así navegando hasta que llegó á Boyada donde fué recibido á cañonazos por las baterías argentinas. Contesta al fuego y gracias al viento favorable puede llegar hasta el Cerrito, donde setenta piezas de artillería le saludan. Garibaldi responde al fuego, pero por espacio de dos millas no puede librarse del fuego enemigo porque el río hace muchos recodos. Para colmo de desventura llegando á Nueva Cava el lecho del

río está casi en seco. Garibaldi comprende que de allí no se pasa, tanto más que Brown habiéndose apercebido de su error corre á su encuentro.

Afortunadamente llegan algunas barcas que los habitantes de Corrientes envían en su auxilio. Garibaldi arma alguna de ellas con un cañon cada una, pone en el medio la «Constitución» y espera la llegada del enemigo.

Brown no tarda en llegar y abre en seguida el fuego sobre los navíos de Garibaldi que contestan al fuego. El combate dura por espacio de tres días, las municiones comienzan á escasear y Garibaldi hace romper todas las cadenas y de sus trozos se sirve como metralla. Al obscurecer del tercer día falta la pólvora. Garibaldi hace bajar á tierra primero á los heridos y después á los pocos marineros y soldados que aun quedan en condicione de batirse. Una vez en tierra todo el mundo, Garibaldi con sus mismas manos pegó fuego á los tres barcos y mientras éstos se queman delante del extrañado almirante, baja en tierra él también y se une á los suyos.

En lugar de encontrarse allí con un pueblo insurrecto contra Rosas, encuentra los soldados provinciales de Oribe. No visto por ellos consigue escaparse con todos los suyos y llega á Esquina cuyos habitantes le reciben perfectamente.

Después de un corto reposo á Esquina recibió la orden de reunir á cuantos hombres pudiera y acudir en socorro de Rivera que estaba decidido á dar una batalla definitiva á Oribe y precisamente en un territorio á este favorable.

Garibaldi se apresura á reunir sus gentes y haciendo el viaje parte por mar y parte por tierra llega á San Francisco en el preciso momento en que llegaba la noticia de la completa derrota de Rivera en Arroyo Grande y que el ejército de Rosas fuerte de catorce mil hombres se preparaba á invadir la república Oriental.

Entretanto en Montevideo se organizaba la defensa del territorio á pesar de las pésimas condiciones en que se hallaba la república Oriental, reducida sin soldados, sin marina, sin dinero y sin crédito.

Presidente de la República era entonces

el general Paz hombre de poca cuenta, pero tenía á su lado como ministro de guerra y marina al coronel Pacheco y Obes, verdadero patriota y hombre de talento.

Pacheco ordenó una quinta extraordinaria de todos los hombres de 14 á 50 años y pudo así reunir unos 6000 hombres, para resistir al ejército de Oribe.

Pacheco no podía no apreciar el valor de Garibaldi y aquellos dos hombres facilmente se entendieron.

Pacheco no tuvo más que decir á Garibaldi :

—Creadme una pequeña escuadra.

Dos meses después cuatro pequeños barcos, el «Suarez», el «Muñoz», el «Nasquez» y el «Libertad», fueron botados al agua.

Con estos cuatro barcos, 60 marineros y seis cañones, Garibaldi se halla dispuesto á tomar el desquite sobre Brown que mandaba entonces 10 navíos, mil marineros y cien cañones.

Todos los extranjeros que vivían en Montevideo quisieron contribuir á la defensa de la República y se formaron legiones de fran-

ceses, españoles y bascos franceses y españoles.

Los italianos también quisieron formar una legión extranjera y pensaron seriamente á su organización.

Garibaldi se ocupó también en organizarla pero no pudo tomar el mando de ella porque muy ocupado con su pequeña escuadra.

Sin embargo mucho tuvo que pasar Garibaldi con aquella legión porque si es verdad que en ella había muchos y buenos elementos, también es verdad que en ella se habían introducido personas más dignas de desprecio que de consideración.

Gracias á su carácter enérgico y á su férrea voluntad pudo Garibaldi apartar y luego quitar del todo los elementos malsanos que en legión italiana se habían introducido, pero á pesar de las victorias que casi todos los días la legión obtenía sobre los enemigos, no estaba todavía satisfecho de ella y esperaba con impaciencia que Anzani á quien había escrito aceptara el mando de la legión.

Anzani que se encontraba al Salto aceptó

y apenas llegado á Montevideo, él y Garibaldi pusieron mano á la obra de total reforma de la legión.

Muchos fueron los expulsados, muchísimos los descontentos y no pocos los que llegaron hasta á amenazar de muerte á Anzani y á Garibaldi, pero desde entonces la legión se cubrió de gloria y el nombre de italiano no fué más escarnecido como lo había sido en más de una ocasión.

Y tanto es así que el general Rivera antes de partir por su completa derrota, quiso recompensar á los legionarios italianos por los grandes servicios prestados á la República haciéndoles donaciones de terrenos. Pero Garibaldi devolvió á Rivera los actos de donación que aquel le había enviado, declarando en nombre de todos los italianos de la legión, ser ellos dispuestos á defender y batirse por la noble República hasta que su concurso fuera necesario, sin desear otro premio ni recompensa que la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Y en esta conducta tan dignitosa de Garibaldi, Anita también tuvo su parte.

Ya la hemos visto durante la campaña de

Río Grande, portarse como una heroína despreciando toda clase de peligros y desafiando mil veces la muerte por no ser despartada de su amado. Pero apenas es madre no se dedica á otra cosa más que á los cuidados de la familia.

«Anita,—escribe Garibaldi—superior á su sexo en las fatigas y en los peligros de la guerra, era admirable en la vida doméstica; ella me daba consuelo y me ayudaba durante la adversa fortuna y en la estrechez en la que me he hallado durante la guerra de Río Grande y cuando estube al servicio de la república Oriental.

Durante el tiempo que estube al servicio de la República, Anita no salió de Montevideo y vivió en aquella ciudad amada y respetada de todo el mundo».

En efecto tuvo que tener mucha virtud para mantenerse decorosamente con tres hijos y con un marido que regalaba todo lo que poseía sin recordarle una vez siquiera que ella había nacido en una familia muy desahogada y que todo lo había perdido para seguirle.

Hablando de Anita Garibaldi nos dice el

doctor Odicini que cuando nació Teresita no había en la casa ni luz ni dinero para hacer un poco de caldo. Tan sólo había habichuelas secas y que él tuvo que ir corriendo á su casa para proveer á lo necesario.

Pero si cumplía con sus deberes, no transigía con sus derechos y no hubiera perdonado á Garibaldi si él hubiera faltado á los deberes de marido.

Anita fué una verdadera esposa modelo y sería difícil encontrar en nuestra época una mujer á quien pudieramos compararla.

COMBATE DEL SALTO DE SAN ANTONIO

Cuando gracias á las victorias del general Pacheco y de Garibaldi se encontró Montevideo libre del peligro de ser invadido por las tropas de Rosas, el general Paz encargó á Garibaldi de libertar la isla de Martín García, y la ciudad de Colonia, de las tropas del general Rosas, y después remontando el curso del Uruguay volver á abrir las comunicaciones con el Brasil.

Garibaldi cumplió inmediatamente aquella orden y comenzó por libertar á Martín García y después desembarcó en Colonia, donde las escuadras francesa é inglesa vinieron á bombardearle.

Garibaldi resistió al fuego y echó de Colonia á los partidarios de Rosas.

Después de haber dejado en Colonia una

pequeña guarnición continuó río adentro, y ocupó Las Vacas y Mercedes. Habiéndose parado en la estancia del Hervidero se vió atacado por la caballería del general Lavalleja, pero los legionarios le obligaron á retirarse.

Rechazado Lavalleja continuó su camino y llegó al Salto, así llamado porque allí el Uruguay forma catarata y desde allí el río ya no es navegable.

Allí se encontró otra vez con Lavalleja pero no hubo combate, porque éste se retiró al acercarse de Garibaldi obligando á los habitantes á seguirle en su fuga.

Sin descansar un momento hace marchar de noche la caballería mandada por Cruz, sorprende á Lavalleja; le ataca y le obliga á pasar el río haciéndole 100 prisioneros y tomándole caballos, bueyes y vituallas, y además una pieza de artillería.

Grande fué la alegría de los 3000 habitantes del Salto que así pudieron volver á sus casas y de los emigrados del Brasil, los cuales podían volver á su país, puesto que la huída de Lavalleja significaba la reabertura de las comunicaciones.

Garibaldi se prepara en seguida á la defensa y hace bien, porque al día siguiente se presenta el general Urquiza, el vencedor de Rivera, con 3500 ginetes, 800 sôldados de infantería y una batería de campaña. Para evitar cualquiera probabilidad de fuga manda retirarse la escuadra, dispone á los suyos en las calles de la ciudad y levanta barricadas.

A las nueve de la mañana se ve atacado por todas partes pero resultan vanos los ataques de Urquiza, el cual se ve en la precisión de retirarse.

Sin embargo, Urquiza no se da por vencido y por 23 días renova sus tropas y los asaltos, pero todo fué en vano.

Entonces Urquiza quejándose de haber dejado allí más hombres que en la batalla de India Muerte cuando derrotó á Rivera, se retiró.

Sabía Garibaldi que Urquiza al marcharse había dejado en observación al Salto el general Gómez con 400 hombres, pero ignoraba que había otros 1500 escondidos en el bosque. Ahora sucedió que el general Medina encontrándose en Zapeni con 500 gi-

netes, pidió á Garibaldi una escolta para venir al Salto.

Garibaldi confió el mando de la ciudad á Anzani y con 190 legionarios y 200 ginetes mandados por Baez, se encaminó hacia las alturas de Zapeni.

Fué entonces cuando Gómez le atacó y la caballería salió del bosque donde estaba escondida.

La legión forma el cuadro, espera de pie firme la llegada de la caballería y le envía una descarga micidial.

El combate se hace encarnizado y terrible, los soldados de Gómez caen diezmos, pero muchos de la legión pagan con la muerte su arrojo.

Por fin los soldados de Gómez derrotados completamente más bien huyeh que se retiran.

Aquella estupenda victoria aseguró al general Medina la entrada en Salto de toda su gente.

Los legionarios tuvieron 50 muertos, 42 sobre el campo de batalla y 8 después, á consecuencia de sus heridas; 50 heridos

graves y todos los demás fueron casi heridos, aunque ligeramente.

Al día siguiente estos últimos enterraron los muertos y en el sitio donde descansaban sus huesos fué puesta una cruz con esta inscripción :

A los 42 italianos muertos el VIII de febrero de MDCCCXLVI sobre el campo de batalla de San Antonio, los 186 italianos supervivientes.

La batalla del Salto de San Antonio fué una de las más memorables que se combatieron durante aquella guerra y la victoria por Garibaldi obtenida fué de tanta importancia que el gobierno de la República decretó grandes y oficiales demostraciones con objeto de honrar al general Garibaldi y á la legión italiana.

PARTE TERCERA



VUELTA DE GARIBALDI A ITALIA Y MUERTE DE ANITA

Aquella grande victoria del Salto de San Antonio fué fuente de grandes amarguras para Garibaldi, porque la celosía de los generales Medina y Baelz intentó hacerle todo el daño posible.

Sin embargo en setiembre de 1846 Garibaldi aceptó el mando supremo de la guarnición de Montevideo y allí condujo los restos de la gloriosa legión italiana.

Pero no desempeñó por mucho tiempo aquel cargo porque todas aquellas envidias y celosías no podían armonizar con su carácter noble y leal.

Además las noticias que recibía de Italia

le ponían impaciente de volver á su patria estimando y con razón, su presencia necesaria allí donde el deber y su corazón le llamaban.

Pero el gobierno de Montevideo á pesar de todas las intrigas que en daño de Garibaldi se urdían, no podía resignarse de verse privado de tal hombre y así la partida se difería de día en día.

Con todo, á fines de 1847 obligó, y no sin gran trabajo, á Anita á marcharse á Italia, prometiéndole que muy pronto volvería á juntarse con ella en casa de su madre, á Niza.

Anita partió, pues, con sus tres hijos — Ricciotti tan sólo tenía unos cuantos meses — y de cómo fué recibida á su llegada á Italia, nadie mejor que esta carta, escrita toda de puño y letra de Anita á Esteban Antonini en casa de cuyo hermano fué á parar en Génova, podrá decirnoslos.

«Muy señor mío :

«Es un verdadero placer para mí darle á conocer mi llegada á Génova, después de

una excelente travesía de cerca de dos meses. A mi llegada he sido festejada por el pueblo genovés en modo especial.

«Más de tres mil personas vinieron debajo de mi ventana gritando : «¡Viva Garibaldi!» y me han regalado una bandera tricolor diciéndome de entregarla á mi esposo apenas llegara á Italia, con objeto de que sea él el primero á plantarla en el suelo de la Lombardía.

«¡Si supiera usted cuánto aman y desean á Garibaldi en toda Italia en general y aquí en Génova en particular! Todos los días que llega á este puerto un barcos y que ellos se figuren que procede de Montevideo, corren al muelle en la esperanza de que se halle á bordo, y si esto fuera estoy convencida de que las fiestas no concluirán nunca.

«Los asuntos de Italia proceden muy bien y ahora se habla muy en serio de libertar á los hermanos lombardos del yugo extranjero.

«Infinitas amabilidades he recibido de sus hermanos. Anteanoche he estado en el teatro de la ópera, y anoche á ver la comedia. He visitado los puntos más importantes

de Génova y sus alrededores y mañana parto con el vapor para Niza.

«Me hará un verdadero favor si todavía mi esposo no ha salido, de animarle á que venga lo más pronto posible tanto más que aquí los acontecimientos precipitan.

«Saludándole cariñosamente, queda de Vd. att.^a S. S.

Anita Garibaldi».

Génova, 7 de marzo de 1847.

Cuando esta carta llegó á Montevideo, Garibaldi había partido ya de allí.

Finalmente el 15 de abril de 1848, habiendo sus amigos fletado un barco, en él se embarcó Garibaldi con el resto de su legión, es decir, 85 hombres, todos sanos y bien dispuestos, menos Anzani que venía tísico y Sacchi que sufría mucho de su herida.

El viaje de Montevideo fué corto y excelente y el 24 junio desembarcaban todos en Niza, donde recibió Garibaldi una acogida verdaderamente triunfal. Inmenso también fué el placer que experimentó Garibaldi

cuando pudo abrazar á su Anita, á sus hijos y á su anciana madre.

Dos días después Garibaldi partía de Niza é iba á ofrecer su espada y la de sus legionarios al rey Carlos Alberto.

No es aquí el lugar de narrar los hechos de Garibaldi desde su llegada á Niza, hasta las últimas batallas combatidas por la independencia de Italia, narración que el lector encontrará en otro libro de nuestra colección (1).

Hablaremos pues de nuestro héroe tomando como punto de partida la dolorosa retirada después de la rendición de Roma.

La idea de volver á envainar su espada no pasó siquiera un momento por su cerebro.

En cuanto se enteró que Roma había capitulado, reunió á sus soldados en la plaza de San Pedro y les dijo :

—Salgo de Roma para continuar la lucha; al que me quiera seguir le ofrezco fatigas, hambre, sed, peligros y combates.

Después dió orden de empezar la retirada

(1) Véase: *José Garibaldi*.

por la otra margen del Tiber y á quien le suplicaba de diferir su partida de Roma, respondía :

—O hoy ó nunca! Una vez que hayan entrado los franceses no habrá salida posible ni medio de poder combatir.

Fué corriendo á palacio Corsini para suplicar á Anita que volviera á Niza y de salvarse para sus hijos; pero todo fué inútil.

Entonces vendió su reloj de oro y algunas alhajas que aun le quedaban y rogó á Vecchi, único ayudante que le quedaba, de acompañarla afuera de la puerta de San Juan.

Había padecido demasiado, la pobre Anita, cuando estuvo alejada de su marido, y no quería volver á repetir la prueba.

Y sin embargo era madre muy tierna porque cuando en América perdió á una hija suya por nombre Rosita, por poco no se murió ella también de pena.

Cuando supo que su esposo había caído enferma en Génova, abandonó en seguida Niza y corrió á la cabecera de su cama acompañándole después en su viaje á Florencia, á Bolonia y á Rieti, desde donde pu-

do Garibaldi convencerla á volver á Niza escribiéndole algunas cartas muy cariñosas cuya última reproducimos.

«Roma 12 de junio de 1849.

«Mi querida Anita :

«Sé que has estado enferma y acaso todavía lo estas, y por tanto quiero que me escribas en seguida y que la carta lleve tu firma y la de mi madre.

«Los Galos-frailes del cardenal Oudinot se contentan con darnos de tanto en tanto algún cañonazo, pero nosotros ni siquiera le hacemos caso. Las mujeres y los muchachos corren detrás de las granadas, apagan la mecha antes de que estallen y se las llevan á su casa.

«Nos batimos sobre el monte Gianículo; y este pueblo es verdaderamente digno de su pasada grandeza. Aquí se vive, se muere, se soportan las amputaciones al grito de *Viva la República*. Una hora de nuestra vida de Roma vale tanto cuanto un siglo de vida.

«Esta noche treinta de los nuestros, sorprendidos en una casita de los arrabales por ciento cincuenta franceses, han ido á sablazos con ellos, han matado al capitán y á tres soldados, han hecho cuatro prisioneros y un montón de heridos. Nosotros hemos tenido un sargento muerto y un soldado herido.

Ponte buena cuanto antes y besa á mi madre y á los niños.

«Quiereme mucho.

G. Garibaldi».

Anita no recibió esta carta porque habiendo sabido en Niza que Garibaldi estaba herido, obligó á cierto Origoni, uno de los antiguos combatientes de Montevideo de acompañarla.

Atravesó la Romaña y la Toscana y después de mucho andar en medio de un camino peligroso llegó el 14 de Junio á palacio Corsini, donde Garibaldi, contento de volverla á ver, no pudo dejar de admirarla.

«Era—escribe de ella el Hoffstetter—una mujer de unos veinte y ocho años, de tez

morena y de facciones muy finas, pero fijándose en ella era fácil comprender que Anita era una verdadera amazona. Tuve más de una vez la ocasión de darme cuenta con cuanto amor la trataba Garibaldi».

A las seis de la mañana del día 2 de julio antes de que ningún pie francés pisara el suelo de Roma, Garibaldi montó á caballo, Anita hizo otro tanto, y ambos se dirigieron hacia la puerta San Juan, pues Garibaldi estaba impaciente por saber si eran numerosos los que iban á seguirle.

Sus ojos tuvieron un relámpago de alegría viendo un batallón de la guardia nacional detrás de la legión italiana, pero su alegría fué de corta duración porque al momento de ponerse en marcha el tal batallón volvió atrás pues tan solo había venido para despedirse de Garibaldi.

Garibaldi partió de Roma al frente de la vanguardia, composta de unos 30 caballos y de una compañía de infantería. Seguían los equipajes, la caballería, la única pieza de artillería, lo restante de la caballería y fantería y por último unos veinte duaneros con sus caballos.

Prohibido hablar y fumar, y dado la orden que los mandos los oficiales los dieran en voz baja.

Garibaldi se puso en marcha á las diez de la noche y á las siete de la mañana del día siguiente hacía descansar sus tropas en un bosque á la sombra de los árboles.

Cuanta razón tenía Garibaldi de querer salir de Roma antes que entraran en ella las tropas francesas se puede deducir por el terror que se posesionó de los generales napoletanos, austriacos y franceses cuando supieron que él con los suyos iba rodando á lo largo de ellos.

Los soldados de los borbones ocuparon las fronteras y los montes de los Abruzos para cerrarle el paso en el reino de Napoles; y el general Oudinot aunque muy receloso por la actitud hostil del pueblo de Roma, envía una división entera sobre las colinas de Albano y toda la caballería á Cívita Castellana y desde allí á Viterbo y Orvieto; y los austriacos ocupan la Umbria y las Marcas y las carreteras de la Toscana.

Oudinot se pone de acuerdo con el gene-

ral austriaco para aniquilar aquellos *bergantes de aventureros*.

Al amanecer del día 3, enterado de la expedición de la caballería francesa en los montes de Albano, se encamina hacia allí. El día 4 á las dos de la mañana se halla otra vez á la vista de Roma.

Avisado de que el coronel Forbes con 700 hombres defendía todavía el nombre de la república romana, se pone en seguida en camino, y después de diez horas de marcha sin haber encontrado una gota de agua, llega á Terni, donde la población sale á recibirle con músicas y cantos de alegría.

A Forbes da inmediatamente un escuadrón de caballería para que pueda explorar las carreteras de la derecha hasta Spoleto y las de la izquierda hasta Todi.

Para garantirse de los austriacos, con la fantería de Forbes defiende la ciudad contra los franceses.

Müller avisa que los franceses se hallan en camino hacia ellos, provenientes de Cívita Castellana, mientras Migliazzo avisa que los austriacos se hallan con su avanzada en Spoleto.

Como nada tiene que esperar ya de Roma, Garibaldi comprende perfectamente haber llegado el momento de tomar una determinación, es decir ó combatir, ó desaparecer, dejando que el enemigo le esperara en vano.

Por tanto, después de haber dado un día de descanso á hombres y bestias, vuelve á formar su legión, decidido á dirigirse hacia el mar Adriático, para socorrer á Venecia que aun luchaba contra los austriacos.

D'Aspre, desde Florencia, envía un mensajero especial á Oudinot en Roma y á Gorchowsky en la Umbria para avisarles que Garibaldi se halla en Todi con 6000 hombres; 300 caballos y tres cañones, que el *bandolero* Forbes está con él y que es difícil poder saber de cuanta gente puede disponer, y que de un momento á otro se espera un ataque.

Garibaldi se dirige sobre Arezzo, pero, después cambia de idea, atraviesa el canal de la Chiana y llega á Castro Fiorentino no dejando un momento de molestar á los franceses ó á los austriacos.

Pero las condiciones materiales de sus

soldados comienzan á ser horribles de verdad, pues los pobres están descalzos y desnudos, y lo que es peor no hay medio de arreglarlos ni de poderlos llevar más adelante.

Entonces se dirige hacia la República de San Marín. Deja sus gentes fuera del territorio de la República y él solo entra en la ciudad, y después de haber hablado con los regentes, toma con ellos las disposiciones necesarias para salvaguardar el honor de las armas y el dislocamiento de su legión.

El 31 de julio todos los soldados de la legión han violado el territorio de la república y se hallán á las puertas de la ciudad, pero el mismo Garibaldi le impidió la entrada y desde allí mismo leyó su orden del día que es el siguiente :

San Marín, 31 de julio de 1849.

«Hemos llegado á la tierra de refugio y es nuestro deber guardar las mayores consideraciones á nuestros huespedes. Así ganaremos aquella consideración que es premio de la desgracia perseguida.

«Desde ahora mismo devuelvo plena y

entera libertad de acción á mis compañeros y los dejó libres de volver á sus casas, pero es preciso que sepan que no puede la Italia quedarse sumida en la vergüenza y vale mucho más morir que quedar esclavo del extranjero».

Por fin el general De-Halme desde Rimini envía las siguientes condiciones de rendición: la entrega de las armas y de la caja á la república de San Marín; la dislocación de la columna y la palabra de honor de Garibaldi de partir con pasaporte para Inglaterra ó para América.

Garibaldi acepta aunque su proyecto sea de llegar secretamente á Venecia. Aprovechando de la hospitalidad que le ofrecía la república de San Marín, Garibaldi ruega, suplica Anita que aproveche de ella para curarse porque se hallaba rendida por las calenturas y por dolorísimos calambres al estómago.

Pero Anita no acepta y no quiere abandonar á su marido.

Durante la noche, Garibaldi, Anita y unos cuantos de los más fieles consiguen escaparse. Llegan á Cesenático donde Gari-

baldi se posesiona de unas trece lanchas, donde todos se embarcan y se hacen á la mar dirigiendo la prua hacia Venecia. Pero el viento le es contrario, retraza su marcha y da tiempo á la escuadra austriaca de acudir en su persecución.

Apenas tuvieron tiempo de desembarcar en Magnavacca, donde Garibaldi sabiéndose perseguido, suplica á los suyos de dispersarse en seguida mientras él se queda solo con su Anita y con el capitán Leggiero que no le había abandonado nunca.

Anita se había desmayado. Garibaldi y el capitán la toman en brazos, atraviesan un bosque en cuyo extremo encuentran una especie de cabaña donde con infinitas precauciones acuestan á la pobre y heroica mujer.

Como Anita tenía muchísima sed, Garibaldi corrió en busca de agua; cuando se siente llamarse por su nombre....

Se vuelve y se encuentra con Nino Bonnet, uno de sus antiguos legionarios de la guerra de Lombardía y hermano del Bonnet muerto á Roma durante la estancia de Garibaldi en la ciudad eterna.

Bonnet los lleva á una casa de amigos, pero los austriacos le persiguen y por la noche hay que trasladarse á otra parte.

Entre él y el capitán Leggiero ponen Anita sobre un carro, se ponen en camino y llegan á una finca del marqués Guiccioli, donde por casualidad se halla un médico.

Trasporta la moribunda sobre una cama. Anita bebe un sorbo de agua que Garibaldi le había traído y expira en sus brazos.

Garibaldi, loco de dolor cae sobre el cadáver de aquella heroica mujer y lo besa y vuelve á besar, cuando el encargado de la finca entra en la habitación gritando :

«¡Huid, huid en seguida, aquí vienen los austriacos!».

Garibaldi se niega á obedecer pero el capitán Leggiero lo arrastra fuera de la finca y le salva.

El encargado de la finca, Ravaglia de nombre había prometido á Garibaldi de enterrar convenientemente el cadaver de Anita, pero asustado de las consecuencias y de la venganza de los austriacos, durante la noche lleva el cadaver de Anita á una milla de distancia de la casa y le entierra en la arena.

Los perros le descubren y la autoridad se posesiona del cadaver :

Así acabó la existencia de aquella heróica mujer que durante diez años fué por Garibaldi amante y esposa, enfermera y compañera de armas, fiel y devota.

FIN.

Lermon 51-6. 37

COLECCION de NOVELAS

HISTÓRICAS y POPULARES

Fia de los Tolomeos.
 Ant. Gasparone (*Bandido*)
 La Joconda.
 Los dos Sargentos
 Cristobal Colón.
 La Africana.
 El Fornaretto de Venecia.
 La fuerza del Destino.
 El Pasador (*Bandido*).
 El Trovador.
 La Traviata.
 Ant. Schiavone (*Bandido*).
 Aida.
 Rigoletto.
 Francisca de Rimini.
 Amleto, Princ. de Dinamarca.
 Otelo.
 José Mastrilli (*Bandido*).
 La Favorita.
 José Garibaldi.
 Carmen.
 Mignon.
 Lucrecia Borgia.
 La Ebra.
 Ernani.
 La Norma.
 Domingo Tiburzi (*Bandido*).
 Roberto el Diablo.
 Las Vísperas Sicilianas.
 José Mazzini.
 Annita Garibaldi.
 Pedro Mica.
 Robinson Crusó.
 Carlos Magno.
 Mayno de la Espineta (*Bandido*)
 Un Baile de Máscaras
 Linda de Châ mounix.
 Salomón.
 Los Mártires de Cosenza.
 Luía de Lammermoor.
 Barbero de Sevilla
 Los Bandidos del la Calabria.
 Guillermo Tell.
 La cabana del io Tom.
 La patria " " "
 Vida nueva " " "
 La Muerte " " "

Juan Tólú. (*Bandido*)
 Crispin la Comadre.
 La Bohemia.
 Masanielo.
 Los Ermanos La Gala (*Bandidos*)
 Beatrix Cenci.
 El Conde Ugolin.
 Manon Lescaut.
 Los Ugonotes.
 Mefistofles
 La Caudrilla Maurina (*Bandidos*)
 Guarany.
 Ruy Blas.
 Cleopatra.
 Fausto.
 Bocacio.
 El Elixir de Amor.
 La Hija del regimiento.
 La Hija de madama Angot.
 Dona Juanita.
 Los dos Foscari.
 Los Bandoleros
 Tosca.
 Fedora.
 Reginaldo enamorado.
 Musolino (*el bandido justicero*)
 Alemania,
 El amigo Fritz.
 La Geisha.
 El Cántaro robado
 Caballería rusticana.
 La viuda alegre.
 El Alba de Napoleón.
 Napoleón primer Consul
 Napoleón al apogeo de la gloria.
 Napoleón íntimo.
 Napoleón a' su Tramonto.
 Napoleón en Santa Helena.
 El rey de Roma.
 Madame Sans-Géne.
 Balila.
 Marin Faliero.
 La Guerra de Africa.
 Eva, reina de los Beni-Amer.
 Desde Cassala hasta Coatit.
 Los Puritanos.
 La Somnábula.